

# BOLIVIA-CHILE-URUGUAY

**E**L reconocimiento de China por Chile es un episodio más de la lenta ascensión de Pekín en la escala internacional. Por parte de Chile es el segundo paso, tras el establecimiento electoral de un régimen de izquierda, hacia la independencia diplomática. El primero fue el reconocimiento de Cuba; los próximos serían los de Vietnam del Norte, Corea del Norte y República Democrática de Alemania. Van a ser más difíciles de recorrer, especialmente los dos asiáticos. Nixon, en su mensaje del 5 de enero, que tiene la gran virtud de la claridad, ha establecido, por primera vez oficialmente, la teoría de la soberanía limitada para los países de América Latina. Los acontecimientos de política exterior en Chile estaban siendo —dijo— observados de cerca, serán tolerados en tanto no sean antagónicos a los intereses de Estados Unidos y en ningún caso Washington ha dado por definitiva la situación en Chile: solamente ocurrió que su intervención para modificar los resultados de unas elecciones libres hubiesen sido un «mal mayor». Ciertos acontecimientos en Chile —rumores de complot, agitación en las zonas agrarias conservadoras— muestran que, en efecto, el nuevo régimen —tiene poco más de dos meses— vive bajo una amenaza permanente. Más urgentes, más importantes son los oscuros acontecimientos de Bolivia en el principio de esta semana. El golpe de Estado del coronel Valencia (ex ministro de Ovando) es la consecuencia de las contradicciones que la llegada al poder del general Torres en un contragolpe, para establecer un gobierno que se definió como «nacionalista y revolucionario», a partir del 4 de octubre de 1970, no consiguió resolver. (Véase, en este mismo número, el artículo de Carlos María Gutiérrez que, aun escrito antes de estos acontecimientos y bajo su óptica personal, tiene un importante valor informativo y documental.) Torres, que ascendió al poder izado, por una parte, por una burguesía temerosa de que el predominio directo de la extrema derecha provocase una guerra civil, y, por otra, por la izquierda sindical, ha ido moderando poco a poco su programa inicial, haciendo concesiones a los distintos sectores, buscando soluciones de compromiso.

*Desde que Frei cedió el poder a Allende, el nuevo régimen chileno vive bajo una amenaza permanente. Los acontecimientos de la política exterior chilena son observados de cerca por los Estados Unidos.*



**E**STOS grupos de acontecimientos plantean el problema de si los reformismos, aun avanzados, son tardíos en algunas situaciones hispanoamericanas. En algún momento se ha comparado aquí la relativa identidad entre la situación chilena y la de la República Española del 14 de abril, la de don Niceto Alcalá Zamora y los intelectuales de la Institución Libre de Enseñanza, que llegó con el apoyo de la burguesía y la derecha moderada, pero que a los pocos meses había provocado la decepción —violenta— de los desposeídos, que la habían asimilado a una revolución, y la de las derechas, que comprobaban que no era barrera suficiente para contener los movimientos revolucionarios. El verdadero problema estaba —como está ahora en Hispanoamérica— en la posesión y el control de los medios de producción y reparto de la riqueza. En Chile se denuncian ahora las «tomas»: esto es, las ocupaciones de tierras —los grandes latifundios— y aun de viviendas por parte de aquellos que no tienen nada y se enfrentan ahora con la represión de «su» gobierno, como se enfrentaron con ella los trabajadores agrícolas en España (Castillblanco, Arnedo, Casas Viejas). Entre la inquietud de los desposeídos y de los grupos más radicales por la lentitud de los proyectos de reforma agraria y de construcción de viviendas, y el terror de la derecha a que se abra un período revolucionario, el gobierno de Allende se encuentra entre los mismos fuegos cruzados que el del general Torres —éste, por razones históricas, sociales y culturales, en un mayor punto de violencia—. La situación en este tipo de países es ésta: las aperturas sociales pueden provocar la insurrección de la derecha, apoyada por los Estados Unidos, pero la falta de aperturas puede provocar una guerra civil y un frente de guerrillas.

**E**N Uruguay, el último acto de violencia —el secuestro del embajador británico por los tupamaros— plantea a su vez los dilemas con toda crudeza. Se dice que en el Movimiento de Liberación Nacional hay dos tendencias principales: la que propugna una reforma del régimen por la vía legal, al estilo chileno, por la formación de un frente popular —con otro nombre— capaz de tener una fuerza en las elecciones presidenciales, y el grupo que cree que todo esto es inútil y que las oligarquías admiten los gobiernos aperturistas solamente cuando son barreras contrarrevolucionarias, pero que, cuando realmente tratan de poner en práctica sus programas sociales, son atacados y derribados. Este último grupo sería el autor del secuestro, y no ya por las causas comunes a este tipo de actos —intercambio por detenidos, impacto sobre la opinión mundial, debilitación del gobierno—, sino, precisamente, para romper una especie de pacto entre su sector moderado y el gobierno, que levantaría el estado de excepción y adoptaría una serie de medidas liberales —una amnistía general no sólo para los presos, sino también para los depurados, una anulación de las medidas represivas; una elevación inmediata de salarios— para conseguir una «normalización» del país. Es preciso señalar que este tipo de pacto no solamente es combatido por el «ala dura» de los tupamaros, sino también por los «duros» del régimen. Estos mantienen la posibilidad de un proyecto conservador: modificar la Constitución de forma que el actual Presidente, Pacheco Areco, pueda presentarse de nuevo a las elecciones y constituir la república en régimen presidencial tan fuerte que fuese el equivalente de una dictadura.

**L**A política de los Estados Unidos frente al problema general de Latinoamérica parece bastante confusa, a pesar de las crudas palabras de Nixon. Dentro de la doctrina general de Nixon de que los gobiernos locales se encarguen de mantener las situaciones para poder disminuir el esfuerzo directo de Estados Unidos —la doctrina general que inspira la «vietnamización» o la mayor contribución europea a la O. T. A. N.—, parece ahora inclinarse hacia el

fortalecimiento de los gobiernos «duros», capaces de resistir la agitación armada (al contrario de la doctrina Kennedy, que suponía que gobiernos democráticos fuertemente subvencionados por mecanismos tales como la Alianza para el Progreso podrían contener las revoluciones), pero tampoco se resuelve a intervenciones directas como la que impidió el regreso de Bosch a la República Dominicana. No se tiene la sensación de que los responsables de la política hispanoamericana de Washington hayan resuelto ese dilema entre gobiernos represivos que pueden provocar el recrudescimiento de la lucha política armada y gobiernos negociadores que llegan a contradicciones sin salida. Esta falta de decisión de la política de Washington puede depender de la ya conocida dualidad de puntos de vista en su política exterior, los muy rígidos del equipo de consejeros de la Casa Blanca —Henry A. Kissinger a la cabeza— y los más pactantes, más abiertos —dentro de la relatividad— del Departamento de Estado, dualidad que ha provocado ya problemas graves en el enfrentamiento con las cuestiones de Oriente Medio y de Indochina, y que, en cierta forma, inmoviliza la política exterior del Presidente.

**E**L desarrollo de los acontecimientos en Bolivia puede ser un indicio muy interesante del desarrollo del problema general. No se conoce el desenlace del golpe de Estado en el momento de escribir estas líneas, aunque quizá esté resuelto cuando se publiquen. Torres ha denunciado el complot como obra de «un pequeño grupo fascista», y ha advertido que está dispuesto a dar armas al pueblo para contrarrestarlo, mientras las fuerzas del Ejército del Aire —que es el más progresivo de Bolivia y cuya participación fue definitiva en el cambio de régimen— atacan los focos rebeldes. Si el grupo denunciado por Torres llega a tomar el poder —en este o en algún futuro golpe—, la existencia del régimen de Allende en Chile estará gravemente amenazada, el gobierno militar argentino fortalecido y las soluciones de Uruguay se inclinarán hacia la dictadura de Pacheco Areco; simultáneamente aumentarán las guerrillas —urbanas o campesinas—, las huelgas, las situaciones universitarias difíciles y, en fin, los medios de expresión violentos de la política propios de países sin articulación legal. Si, por el contrario, son vencidos, Torres tendrá que inclinarse más a la izquierda, puesto que su principal apoyo serían los partidos populares y las organizaciones sindicales, y esto influiría a su vez en los países vecinos, y llevaría a los Estados Unidos y a la derecha a buscar nuevas soluciones.

*En Uruguay, el último acto de violencia, el secuestro del embajador británico por los tupamaros, plantea los problemas con toda crudeza. El dilema entre apertura, con riesgo de insurrección de la derecha, o regresión, con posible surgimiento de guerrillas, se agudiza cada vez más.*



## ASIA

### La tercera guerra

El 30 de abril de 1970, Richard Nixon desencadenó la segunda guerra de Indochina al lanzar sus tropas sobre Camboya, y para que nadie ignorase hasta qué punto aquel gesto introducía un cambio cualitativo en el conflicto de Extremo Oriente, uniendo a las resistencias de los tres países de la península, y comprometiendo más directamente a la China popular, se reunía en Cantón una «conferencia de los pueblos indochinos» mientras que el presidente Mao recordaba solemnemente, el 10 de mayo, que la China se consideraba ligada a los combatientes del Mekong y de los arrozales.

Y he aquí que el mismo jefe del ejecutivo americano —que confesó al poco tiempo de entrar en la Casa Blanca que se consideraría fracasado si no hubiera conseguido liberar al pueblo norteamericano de la guerra de Asia antes de que terminara el primer año de su mandato— está montando la máquina que puede desencadenar la tercera guerra del Vietnam. Porque los bombardeos del Norte, aunque sólo sea por su vanidad, han de conducir a una nueva escalada: desembarco o recurso a armas más mortíferas todavía que las hasta ahora utilizadas.

#### El fantasma de los G. I.'s

Después de la «guerra francesa» y de la que libraron los dos presidentes demócratas, Kennedy y Johnson, una especie de tregua nos hizo creer en una próxima paz. La tregua se debía en parte a la necesidad de los comunistas de reconstruir sus fuerzas, que a tan duras pruebas se habían visto sometidas en los para ellas victoriosos combates de la ofensiva del Tet, en parte al relevo de los militares rurales por políticos urbanos en los combates del Sur, y en parte, finalmente, por el uso que hicieron de la «vietnamización» los revolucionarios del F. N. L. y de Hanoi. La «tregua» parece haber terminado, y una nueva guerra o una nueva fase de esta guerra de los treinta años amenaza directamente a los pueblos norteamericano y vietnamita.

Los últimos discursos del presidente Nixon son más inquietantes todavía que los bombardeos del 22 y 23 de noviembre sobre Son Tay y la región de Hanoi. En dichos discursos, Nixon parecía darnos a entender que los Estados Unidos pretenden imponer a Hanoi una limitación de soberanía, un protectorado que de hecho respondería a la colonización directa del Sur. Para quien conoce a los vietnamitas, está claro que tales pretensiones sólo pueden encontrar una respuesta militar. ¿Qué ha dicho, pues, Richard Nixon? Que los norvietnamitas deben aceptar definitivamente el sobrevuelo constante de su territorio

por aviones de reconocimiento norteamericanos, así como renunciar no sólo a las «infiltraciones», sino incluso a las concentraciones de fuerzas en las proximidades de la frontera survietnamita, que puedan constituir una amenaza para los americanos y sus aliados. Si no es así, los americanos reanudarán sus bombardeos sobre el Norte.

No vamos a pararnos a discutir ahora la afirmación del presidente norteamericano relativa a un «acuerdo tácito» de Hanoi. ¿Quién iba a creerse que los hombres de la R. D. V. N. podrían aceptar «fácilmente» o no la diaria violación de su espacio aéreo? Equivaldría a subestimar a unos hombres que llevan ya treinta años luchando por su independencia. Además, un miembro de la delegación del Vietnam del Norte, Van Vy, nos ha desmentido categóricamente la tesis de Washington, según la cual se habría llegado a ese acuerdo tácito en una de las sesiones de la conferencia.

¿Qué significan las amenazas del presidente norteamericano? ¿Que Nixon cree haber ganado la guerra? En todo caso, que pretende unir los dos objetivos inconciliables de su estrategia vietnamita: traer las tropas a Estados Unidos sin por ello ceder en Indochina. Profiriendo sus amenazas, el jefe del ejecutivo norteamericano espera conseguir que las retiradas masivas de las fuerzas norteamericanas de Indochina no se traduzcan en un descalabro político, que los fantasmas de los G. I.'s repatriados sigan sirviendo de escudo protector a los regímenes fantoches de Saigón y de Phnom-Penh. De ese modo, Nixon intenta ahorrarse el precio de la vietnamización. Para él no se trata sólo de cambiar el color de los cadáveres, sino también de dar vida y combatividad a las ficciones, y valor estratégico a los soldados repatriados.

#### El discurso de Giap

Nixon es un tipo hábil. Pero debería saber que no se puede llegar al jaque mate en todos los tableros a la vez, y que no es posible triunfar al mismo tiempo en el interior trayendo a casa a los «muchachos» y en el campo de batalla haciendo como si estuviesen todavía allí. Este dilema entre objetivos internos y externos debería llevar a una respuesta más bien optimista; hay que tener en cuenta que Nixon es un político que concede la máxima atención a los imperativos electorales. Pero ocurre que estos imperativos están sufriendo últimamente modificaciones, y que si la repatriación del cuerpo expedicionario constituye una buena baza para la Casa Blanca, la política del «garrote» puede resultar también beneficiosa. Johnson trató de salvar a los demócratas optando por las negociaciones. Nixon y Agnew quizá recurran, para salvar a los republicanos, al más frenético de los nacionalismos. Y desde el momento en que sus rivales electorales, Muskie y Kennedy, se marcan tantos defendiendo el pacifismo y el establecimiento de contactos con Hanoi (que a su vez les ha hecho a los demócratas un precioso regalo comunicándoles la primera lista oficial de los prisioneros norteamericanos,